

Obituario

OSWALDO CHAVES: EL APÓSTOL DE LA BIOÉTICA LATINOAMERICANA

Atenas, el domingo 9 de Enero de 2011, falleció en la ciudad de Mérida, Venezuela, el Doctor Oswaldo Efraín Chaves Cevallos, Director fundador de esta **Revista de Bioética Latinoamericana**, eminente médico y educador, que dedico gran parte de su vida a la docencia e investigación en la Facultad de Medicina de la Universidad de los Andes de Venezuela, fue Presidente fundador de la Sociedad Ecuatoriana de Bioética y Decano fundador de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Ecuador, donde decantó toda la sabiduría alcanzada producto del desarrollo de las destrezas intelectuales, cualidades, valores y principios que sólo alguien con ingenio y habilidades naturales podía alcanzar.

Su conocimiento lo difundió a través de sus producciones literarias, sus clases magistrales en salones de clase de pregrado y postgrado; conferencias en disímiles espacios universitarios y científicos de América Latina, el Caribe, Norteamérica y Europa. Sus escritos son como un canto poético, porque escribía no simplemente con un lápiz, sino desde las hendiduras del alma, desde lo más profundo del corazón. Su extraordinaria versatilidad como orador y su capacidad de comunicar desde el tema más simple al más complejo, desde lo más humano a lo más técnico y científico, con el cuidado y la precisión de la forma y el contenido, tan respetuoso de la dignidad humana, realizaba su condición de pedagogo, pues, cual escultor del lenguaje, cautivaba a sus escuchas por la exactitud del mensaje.

Hablo de un humanista y bioético, que producto de sus propios errores procesó, analizó y superó una y mil veces todos los obstáculos de la vida, muchas veces con dolor, sabiduría y sobre todo, con la que consideraba madre de las virtudes: la humildad suprema, acompañada de modestia, generosidad, bondad, lealtad, franqueza y desprendimiento absoluto. Ese hombre es y será mi padre y el de su amada hija Edda Leonor, a quien dio el nombre de su amada madre, quien durante toda su vida le prodigó el más sublime amor, eterno e inmortal; el mismo nombre que lleva su nieta.

Esa condición humana de padre e hijo la esculpió con sudor, alegría y amor infinito, esposo de mi madre Edda y compañera de toda una vida de alegrías y tormentos; este

hombre también símbolo de perseverancia, constancia y honestidad de nuestra Universidad de Los Andes, de mis hijos y sus primos, sus nietos, razón de sus desvelos y orgullos y preocupaciones, la bisnieta que la vida le dio la oportunidad de conocer casi rasgando los días de su vida, a la bella Clara Mei. Su hijo e hija política, antiguos alumnos, médicos también y seres a quienes amó con pasión y lo amaron en igual condición.

No considero este un homenaje póstumo, lo considero el paso a la inmortalidad de un hombre, que sin pretenderlo, ha superado la barrera de la vida física, condición que nunca deseo para él, pero luchó afanosamente para que su esposa, hijos, nietos, estudiantes y colegas alcanzaran.

Escribió sobre todos los aspectos que su condición humanista le permitió reflexionar, en cualquier aspecto del quehacer social de nuestra maltratada especie humana y su lugar de residencia, la Tierra, lo hizo con paciencia, con sabiduría, con alegrías y tristezas, pero siempre dejando un mensaje claro, reflexivo y analítico del *deber ser*, del respeto de la condición humana, de cómo alcanzar cada milímetro del buen vivir y de la defensa de la madre Tierra. Con gran entrega se dedicó a las causas justas de la humanidad en vida, especialmente, en el ámbito de la educación y la salud. En su edad madura se dedicó a lo que entendió era un asunto transversal al desarrollo del quehacer humano en sociedad, como lo fue la bioética.

Les hablo de un hombre que ejerció como médico, en estricto apego a su juramento hipocrático. La educación médica la trabajó como un misionero a dedicación exclusiva y cuando su conocimiento alcanzó el clímax, donde descubrió que las fronteras de lo que desconocía eran supremamente más amplias que el escaso conocimiento que poseía, con una hermosa y tierna sonrisa y su mente brillante y serena, decidió que era el momento de sonreírle a la vida, porque entendió que el inexorable tiempo se agotaba, que no le quedaba mucho y se negaba a llevarse lo poco o mucho que había aprendido. Entonces, con la pasividad y hermosura de la llegada del otoño con infinitos colores, entendió que vivía sus últimos años, que había llegado el instante de consumir sus últimas golosinas con el gusto de un conocedor de la vida, con la sabiduría de un sabio, como él me repetía desde niño: *“más sabe el diablo por viejo que por diablo”*, hoy había dejado de ser un decir, para ser parte de sus propios aprendizajes.

Estos días que corrían afanosamente a su lado, eran simplemente una etapa de la vida, donde se percató que en vida podemos dar miles de carreras y de ellas podemos salir triunfadores, pero hay una que finalmente termina por alcanzarnos, hablo de la muerte física, a la cual nos podemos rendir en paz y sabiduría, cuando vivimos con conciencia y paz, porque esta carrera no es una derrota, siempre ha de llegar, es parte de la existencia,

como lo son: el nacer o el embarazo, lo importante es saber cómo llegar a ella y él llegó a ella en profunda paz interna con su familia y con el mundo al que le dedicó la vida.

Hace pocos días me llegó un escrito sobre mi padre desde su tierra natal, Ecuador, donde un discípulo -como reconocimiento a su labor científica- le dio el calificativo de "*Apóstol de la bioética Latinoamericana*", seguramente es una frase exacta para recordarlo. Como dijo Sócrates a través de sus diálogos, sólo existe una forma de alcanzar la inmortalidad y de trascender en el tiempo: a través de las obras dejadas en vida a la posteridad. Y esto sólo es posible alcanzarlo con amor y ética. La inmortalidad es mucho más que la simple transformación de la energía, nunca se pierde, pero en estos casos, supera la materia orgánica para adentrarse en los anales de la filosofía, la sociología, la educación y de la medicina, para que cada generación pueda beber del elixir de su conocimiento.

Existe un dolor profundo y desgarrador al escribir esto de alguien que quisiera nunca se fuera; que amé con la ternura de un niño, pero me queda la alegría interna de saber que alcanzó la inmortalidad. Por ello estará en el corazón y la mente del presente y el futuro de Venezuela, Ecuador, América Latina y el Caribe, y por qué no, de una humanidad entera por sus grandes aportes a la ciencia médica.

Por todo ello, en nombre de una familia humanista y amante de la libertad y la justicia social, como nos enseñó nuestro padre, esposo, abuelo, suegro, es nuestro deseo extender un abrazo en nombre del amigo, una palmada del maestro, con la alegría de recordarles en su nombre que la vida vale la pena vivirla intensamente, honestamente, generosa y solidariamente, transparente y auténticamente, íntegra e integralmente, como él la vivió y un beso de amante de la vida a todos quienes fueron sus honestos y leales amigos y a quienes tuvieron la oportunidad de ser sus compañeros y colegas, a todos quienes algún día fueron sus alumnos y a quienes él les dedicó sus mejores esfuerzos y conocimientos, pero muy especialmente, a quienes no lo conocieron, a quienes él no conoció, pero por quienes luchó, a través de la defensa de su derecho de que hoy no se destruya lo que son bienes de la humanidad, que también son propiedad de las futuras generaciones.

Ese hombre que conocieron o que apenas la humanidad está por conocer, para quien el diálogo era una bandera y su capacidad infinita de escuchar una fortaleza excepcional, que ya entró al mundo de los inmortales, está vivo en cada uno de todos nosotros, en cada pensamiento y acción que enarboló el estandarte de la bioética, del ejercicio hipocrático de la medicina y de la acción educadora de Simón Rodríguez de enseñar a aprender. Todos nosotros somos la parte viva de su memoria y su vida. Mi padre siente seguir viviendo y sirviendo a cada uno de nosotros y a las generaciones que están por venir.

Durante toda mi vida, nunca vi a mi padre cobrarle a un paciente cuando le mitigaba el dolor o lo curaba de una enfermedad; estaba en contra del mercantilismo y la comercialización del sistema de la salud. Así como a sus pacientes, él deseó poder darles un poco de bienestar, de igual modo, su mayor retribución de maestro era la sonrisa de sus alumnos y *el saber del deber cumplido de haber enseñado a aprender*.

No quiero dejar de mencionar, también, al inmigrante y luchador social, quien desde joven asumió en nombre del romanticismo juvenil, que nunca abandonó, cabalgó toda su vida con las esperanzas, los sueños y la utopía de la lucha estudiantil, la que convivió con él hasta sus últimos suspiros, así presidio la Presidencia de la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Quito y como maestro en la Universidad de los Andes, nos acompañó con su consejo sabio y oportuno, a quienes éramos dirigentes estudiantiles y luchábamos por una Universidad que tuviese la capacidad de ser mejor cada día, pero siempre absolutamente autónoma, como la luz ante las sombras.

En estas tierras pluriculturales y multiétnicas, quiero recordar el hombre que supo hacer de Panamá y Venezuela también una extensión de la patria que lo vio nacer, Ecuador. Ese soñador que no tenía miedo de comenzar una y otra vez proyectos de vida, si él consideraba que serían útiles al desarrollo humanista de las instituciones a las que servía.

Pá, Oswald, tocayito, esposo, abuelo, suegro, maestro, amigo; tus reflexiones, comentarios y análisis certeros, son como un canto a la vida, tu transparencia, humildad, honestidad, pensamiento crítico, autocrítico, revolucionario, libertario, integracionista, republicano y demócrata, son una cátedra para la vida; tu amor por la vida y el disfrute del ancestral buen vivir y la lucha por el alcance colectivo de la dignidad humana plena y no para grupos, es tu gran herencia, es tu mayor lección de bioética, es lo que hoy te hace merecedor de llamarte “el Apóstol de la bioética latinoamericana”.

“Así le mantendremos, siempre entre nosotros, sin despedidas prematuras”. (Fragmento escrito por el Dr., Oswaldo E Chaves C, en el obituario del Prof., Fernando Domínguez, el 13 de enero de 2009 desde Atenas, en el número tres de esta **Revista de Bioética Latinoamericana** de la ULA), desde donde yo, casualmente, les escribo hoy.

Deseo confesarles, antes de culminar, como él sabía decirnos lo que deseaba antes de morir, hubiese preferido mil veces decirle al oído o gritarlo a los cuatro vientos, te amo y me siento profundamente orgulloso de ti, de la familia y enseñanza que nos diste, a tener hoy que escribir tu obituario, para lo cual no me siento ni calificado, ni preparado.

Rodrigo Oswaldo Chaves Samudio
05/02/2011